

más que nadie. Al otro día, sin embargo, le salieron al sacristán seis tumores, y poco después el confesor se sintió atacado mortalmente. Hasta entonces no se había decidido el abandonar el monasterio, pero los ruegos de este digno eclesiástico fueron tan vivos, que la Madre Rosset accedió á ello, y en el mismo día salieron las Hermanas á pie, de dos en dos, con el velo echado, y al pasar por la casa de su confesor, éste las dió su última bendición desde su ventana. Murió algunos momentos después, y antes que las Hermanas llegasen á la casa que les habían prestado, á dos leguas de la ciudad, y donde en cambio del peligro de la peste iban á soportar las pruebas del hambre (1).

En Crest el confesor fué uno de los primeros atacados. Ya enfermo, pero sin darlo á conocer, había ido por la mañana á pasar una hora en el locutorio con todas las Hermanas, para animarlas con algunas palabras de fe y energía, repartiéndolas también estampas. De repente, dos horas después, aquel buen eclesiástico, más cuidadoso de sus Hijas que de sí mismo, vino á llamar á la puerta del convento, despidiéndose y diciendo que le habían salido dos tumores. Cargó su cama sobre sus hombros, y se fué á casa de sus padres, donde murió cuatro días después. Aún no había muerto, y ya la Hermana tornera, que le había abierto la puerta, se sintió atacada del mal, de suerte que todo parecía anunciar al monasterio una próxima y terrible invasión de la epidemia. Entonces se verificó un acto heroico de abnegación como los que ya hemos visto, y ante los cuales parece que el ángel exterminador se veía como obligado á envainar su espada justiciera. Había en Crest una joven de una noble familia de la Provenza: se llamaba la señorita de Bachason, y respecto á las dotes de cuerpo y espíritu, era verdadera hermana de las se-

(1) *Fundación inédita de Cremieux.*

ñoritas de Blonay, de Martignat y de Chatel: era de la misma edad, y tenía igual belleza y fortuna. Del mismo modo que éstas, lo había despreciado todo y se había dedicado á todos los ejercicios de piedad y caridad; había hecho venir Hermanas de la Visitación, y fundando el monasterio, en él tomó el hábito con el nombre de María Catalina, y hacía ya algunos años que vivía en él con gran fervor. Desarrollada la peste en Crest, y amenazando el monasterio, la buena Hermana sintió un gran remordimiento. Por ventura, ¿no era ella la causa de la muerte de las religiosas, pues que las había traído á Crest? Conmovida con esta idea fué á echarse á los pies del Santísimo Sacramento, rogando á Nuestro Señor Jesucristo, que si era su voluntad divina llevarse algunas Hermanas, la llevase á ella, ofreciéndose á su justicia divina para pagar por todas. Salió de la iglesia con la íntima convicción de que Dios la había oído, y fué radiante de alegría á comunicar á la Superiora la noticia de que ciertamente iba á morir, pero que ninguna de las Hermanas padecería la peste; y en efecto, aquella misma noche fué atacada de la enfermedad reinante. «Entonces, aquella pura é inocente paloma empezó á derramar su corazón en fervientes acciones de gracias á su Esposo divino, deshaciéndose en actos de humildad, de contrición y de amor. «¡Ay!—decía á menudo en lo más fuerte de sus dolores—¡cuánta es mi alegría al pensar que cuando mi alma salga fuera de esta cárcel, la Santísima Virgen la presentará á su Hijo, y mi bienaventurado Padre la recibirá!» No quiso que hiciesen entrar al Padre Capuchino que se exponía para administrarle los Sacramentos, por temor de que no trajese un nuevo peligro á las Hermanas; pero sabiendo que en caso de necesidad podía hacerse así, dijo sus pecados á la Superiora, la cual por una ventana se los dijo al confesor, el cual desde la calle dió la absolución á la enferma, que ganó también la indulgencia plenaria, quedan-



do con tanta seguridad y paz, que llenaba de dulzura el corazón de las que la asistían. Ocho horas antes de morir sufrió con mucha paciencia los más terribles dolores, siendo Jesús y María, á quienes invocaba con devoción, su más dulce consuelo. En fin, llegó la hora deseada, y con la mayor tranquilidad, fijos los ojos en un Crucifijo, con una dulce sonrisa de humilde confianza, rindió su hermosa alma, no habiendo estado enferma más que cinco días. Y á pesar del evidente peligro en que se encontraba el monasterio, ninguna otra fué atacada de la peste, como había dicho esta querida Hermana (1).»

Júzguese cuáles serían las inquietudes, dolores y emociones maternas de la Madre de Chantal, recibiendo una tras otra tan dolorosas noticias. Ciertamente que el valor, la energía, el heroísmo, la obediencia y la caridad de sus Hijas la llenaban de consuelo; pero ¿cómo no había de sufrir y llorar, pensando en los peligros en que se encontraban? Todos los monasterios invadidos por la peste sufrían al mismo tiempo la pobreza. En Saint-Fleur, en medio de una ciudad abandonada, las Hermanas pasaron un día entero sin pan. En Autun no tenían más que las legumbres y verduras que cogían en su huerta. En Cremieux carecían de hábitos y zapatos. En Crest, en Moulins y Montferrand, la miseria era mayor aún. En una porción de monasterios, las que escapaban del azote reinante corrían riesgo de morir de hambre.

En ninguna ocasión fué la Madre de Chantal más admirable que en estas circunstancias. Se le vió recobrar de repente aquel ardor que le era natural, y que hacía tantos años trataba de calmar. «Ya son tres ó cuatro cartas las que os he dirigido, Hija mía—escribe á una Superiora cuyo monasterio había invadido la peste;—¿en qué pensáis que no me contestáis? ¿No veis que

(1) *Fundación inédita de Crest*, pág. 535.

estoy en brasas?» Se la ve, sobre todo, desplegar esa actividad industriosa, esa ciencia práctica, ese ardor mezclado de sangre fría, que son tan útiles en tales ocasiones. En todo piensa, á todo provee. Su corazón abraza en su inmensa solicitud á todas sus Hijas; su espíritu es tan grande como su corazón. A Lyon, Grenoble, Chambéry, Saint-Fleur, envía trigo; á Crest, medicinas; á Cremieux, hábitos y zapatos; á Autun hace que llegue hasta un rebaño de carneros. Reune en París á los médicos, y les hace escribir consultas sobre el modo de preservarse del azote. También reune al mismo tiempo teólogos, para saber si las Hermanas pueden en conciencia dejar la clausura para evitar la peste; y envía circulares á todos los monasterios para animar, consolar y fortalecer á las Hermanas, excitándolas á preparar sus almas para la venida del Esposo (1).

En medio de este celo ardiente, llora, gime, se acusa de hacer muy poco por sus Hijas, y golpea su pecho, creyendo ser la causa de estos castigos; y haciendo que arda su caridad con una llama más ardiente que nunca, se la oye exclamar: «Nuestras pobres Hermanas tienen tantas necesidades, que cuando pienso en ellas, quisiera venderme, si pudiese, para socorrerlas» (2).

En estas circunstancias recibió una carta que le causó una penosa impresión. Su Ilmo. Juan Francisco de Sales, habiendo sabido que la peste se había desarrollado en Francia, y no dudando que invadiría muy pronto á París, escribía á la Madre de Chantal para mandarla dejase inmediatamente la capital, y volviese á la ciudad de Annecy por el camino más corto, prohibiéndola detenerse en parte ninguna donde hubiera peste, lo mismo que en los monasterios ya invadidos.

(1) Véanse para todos los hechos que acabamos de citar, las *Fundaciones inéditas* de los monasterios cuyos nombres citamos, y las cartas de la Santa dirigidas á estos monasterios.

(2) *Cartas inéditas*, pág. 131. Migne, 1865.



Por más doloroso que la fuese semejante mandato, pues iba á pasar por delante de las puertas de sus Hijas sin poder consolarlas, obedeció y partió al instante. Se pueden seguir sus huellas leyendo las cartas que les escribía por el camino, y con las cuales se disculpaba de no poder ir á verlas ni abrazarlas. El 5 de Julio de 1628 se encontraba en Bourges, dirigiéndose á Paray, mendigando en su camino limosnas para sus pobres monasterios atacados de la peste. Entre el 10 y el 20 de Agosto pasó por Nevers y Moulins, «afligida por no serle posible ir á cuidar á sus Hijas.» El 23 de Agosto estaba cerca de Paray, y no queriendo pasar más adelante, pues le estaba prohibido, se detuvo en Lamotte, pequeña aldea á dos leguas de dicha ciudad, desde donde escribió á la señora de Toulangeon, confiándole sus penas y pidiéndola algunas limosnas. «Querida hija mía — la dice,— he venido aquí, á dos leguas de Paray, para saber noticias de nuestras pobres Hermanas. Envié á buscar á su confesor, que es el único apoyo que tienen después de Dios, y me ha dicho que las cuatro Hermanas atacadas estaban ya fuera de peligro. La pobre Hermana María Margarita ha muerto; escribid á los monasterios para que la encomienden á Dios. En cuanto á las otras Hermanas, no tienen otro auxilio en lo humano que el de este buen sacerdote, el cual va por las aldeas á buscar alimentos para darles de comer, corriendo para esto el riesgo de perder su vida, porque han querido matarle; y si este pobre hombre cayera enfermo con la peste, no sé cómo se librarían nuestras pobres Hermanas de morir de hambre. Además, están en grandísimo y evidente peligro de contraer la enfermedad lo mismo que los de la población, y aun el peligro es mucho mayor, porque el cementerio de los apesados está á espaldas de su casa. A esto hay que añadir, según opina todo el vecindario, que es imposible, humanamente hablando, que la ciudad se purifique,

porque ni se toman medidas, ni hay ningún orden; antes al contrario, los cuerpos muertos quedan en las casas sin darles sepultura. Mirad en qué peligro están y estarán aún estas pobres criaturas. Me ha escrito, y me lo ha dicho también el confesor, que no tenían ningún medio de subsistencia, y que están destituidas de todo auxilio. Aún tienen, no obstante, un poco de vuestro dinero, trigo y vino, pero muy poco. Ciertamente, mi muy querida hija, será preciso proveer á sus necesidades, como os lo suplico (1).»

Para apoyar su ruego, la Santa se fué desde Lamotte á casa de la señora de Toulangeon, que estaba en Alonne. Desde este punto, no atreviéndose á llegar á Autun, escribió á la Madre de Chastelluz, que era Superiora, una carta empapada en lágrimas, instándole á que evacuase el monasterio prontamente, y aceptase la hospitalidad que las ofrecía el Sr. Abad de Toulangeon en su priorato de Meiere. «Creed, Hija mía, que en todo cuanto podamos, os serviremos cordialmente y sin reserva. Se teme mucho el hacer entrar á nadie en Autun, y se desearía nos dijeseis cómo y por dónde se os podría hablar, dar y recibir lo que queráis, por encima de la muralla de la ciudad, que está á la derecha de vuestro jardín: mirad si esto se puede hacer, y decidnos lo que queráis que hagamos mientras que yo esté aquí. ¡ Dios mío! ¡ qué mortificación será para mí si no puedo veros y á nuestras pobres Hermanas, á quienes saludo afectuosamente con vos» (2).

No habiendo podido la Madre de Chastelluz enviar noticias suyas á la Madre de Chantal, como ésta deseaba, y sabiendo que al volverse la venerable Fundadora pasaría á una media legua corta de la ciudad, alcanzó de los Superiores el permiso de ir á esperarla en medio

(1) *Cartas inéditas*, pág. 372.

(2) *Idem*, pág. 368.



del campo, á fin de poder, aunque de lejos, hablar y conferir con ella muchos negocios urgentes. Cuando la Madre de Chantal vió á esta buena Superiora á bastante distancia de ella, invocó el auxilio del Señor, y haciendo la señal de la cruz: «Acerquémonos—dijo,—en nombre de Dios;» y andando apresuradamente al encuentro de la Madre de Chastelluz, la abrazó y la hizo subir á su coche. La señora de Toulangeon, que llevaba consigo á su pequeña Gabriela, de edad de seis años, temblaba de miedo. «Ciertamente—decía,—si yo no supiese que mi madre es una santa, me moriría de aprensión.» La señora de Rousillon, á cuyo castillo fueron, tuvo aún más miedo, y poniéndose de rodillas delante de la Santa: «Señora—la dijo,—si no me tranquilizase el saber lo muy santa que sois, temblaría y dejaría mi casa á mi hermana; pero confío en que á nadie nos sucederá mal ninguno; hacedme la gracia de darme vuestra bendición.»

De aquí se fué la Madre de Chantal á Dijón, en donde recibió cartas de diferentes monasterios que la hicieron verter muchas lágrimas. «No obstante—escribía á la Madre y Hermanas de Lyon,—elevo mi espíritu sobre todas las cosas criadas, y sobre la muerte entre tantos muertos» (1). Estuvo poco en Dijón, y fué á Châlon-sur-Saone, del que acababa de ser nombrado Obispo su sobrino Jacobo de Neufchezes, y en donde todo el pueblo la colmó de honores. Las Carmelitas y Benedictinas la enviaron á rogar al instante que fuese á visitarlas; las Ursulinas la hicieron comer en su casa, y venerándola ya como á Santa, le cortaron una parte de su velo: lloró amargamente cuando lo vió por la noche al desnudarse, y por la mañana fué á ver al ilustrísimo Sr. Obispo, rogándole la dejase marchar, «porque estas religiosas—decía,—con la estimación que tienen

(1) *Cartas inéditas*, CCXXIV.

de mí, hacen cosas poco razonables que me es imposible sufrir.—Mi buena tía—la respondió el Obispo,—á vos os parece que hacen mal, y á mí, por el contrario, me parece hacen muy bien.» Así, en lugar de concederla lo que deseaba, la mandó recibir en el salón del palacio episcopal á cuantos quisiesen verla; y fueron tantos y de todas las clases de la sociedad, que parecía un concurso general. Obedeció, «pero se mantenía tan pegada á la pared, que no era posible pasar por detrás para cortarles los hábitos; mas á pesar de esto, no pudo impedir que cada día la cogiesen algún pedazo del traje ó del velo que llevaba» (1).

Al salir de Châlon fué á Bourg, y desde allí á Cre-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 222. El monasterio de Châlon-sur-Saone conservó hasta la época de la revolución francesa la cruz que llevaba Santa Juana Francisca cuando hizo este viaje. Dispersada la Comunidad por los revolucionarios, quedó la cruz en poder de una religiosa del citado monasterio, la cual se la legó al tiempo de morir á la señora de Gondier, en cuya casa había encontrado un asilo cuando fué dispersada la Comunidad. Al fallecimiento del Sr. Gondier fueron vendidos sus muebles en pública almoneda, y entonces (nos dice en una carta al presidente de la Audiencia imperial de Dijón, Sr. de Lacuisine) compró mi madre dicha cruz con una intención piadosa que luego realizó, haciendo donación de ella á las Hermanas del antiguo monasterio de Châlon-sur-Saone, las cuales vivían juntas, esperando fuese restablecida su Comunidad. De este modo vino aquella preciosa reliquia á manos de la Madre Bataille de Mandelot, fundadora del monasterio de la Cruz Roja de Lyon, en el cual se conserva hoy.

En una carta escrita al Sr. de Lacuisine por la Superiora actual, Hermana María Regis Deville, su fecha 26 de Julio de 1862, se leen estas palabras:

«Es nuestro más vivo deseo que esta carta sea para vos un testimonio auténtico y perpetuo de la gratitud de nuestra Comunidad por el precioso regalo de la cruz de nuestra santa Madre Juana Francisca Fremiot, el cual, según consta en nuestro archivo, fué hecho por vuestra digna madre la señora de Lacuisine á nuestra Madre María Victoria Bataille de Mandelot, religiosa del monasterio de Châlon-sur-Saone y Fundadora de este de Lyon, ¡al que legó tan rico tesoro. Dicha cruz obra continuamente muchos prodigios, preservando de accidentes funestos á las señoras de esta ciudad en sus partos difíciles, por lo cual nos la piden á cada instante, especialmente cuando temen algún peligro.»



mieux, en donde la señora condesa de Disimieux, que la visitó, quedó sana de una hidropesía que padecía; y por último, llegó á la ciudad de Annecy el 30 de Octubre de 1622.

Este largo viaje por medio de tantos pueblos apesados, las penas que sintió en la muerte de tantas Hijas, las inquietudes que sin cesar la agitaban, aumentaron en la Madre de Chantal su abandono en la voluntad divina, y desarrollaron en su alma un secreto deseo de la muerte. Este es el fondo de todas las cartas que escribe en esta época. «Somos de Dios—escribía sin cesar,—pues hágase de nosotras lo que sea de su agrado. Nada es tan útil á nuestras almas, nada nos será más dulce que abandonarnos á su santo beneplácito.»

«Moriremos aquí tan bien como en Lyon—escribía desde Annecy,—porque anteayer enterramos á una de nuestras Hermanas; era un tesoro, un alma purísima, y así, creo en la bondad de nuestro buen Dios y Señor que la llevó derecha al cielo, como blanca y casta paloma. ¡Oh Hija mía! poco importa el mal de que hemos de morir, con tal que subamos á esta bienaventurada eternidad. ¡Oh Santísima Madre de los hijos de Dios! ¡Cuándo descansaremos en vuestro seno y entre vuestros brazos maternos! ¡Ah, Hija mía! ¡Nuestras almas debían desfallecer con este deseo, que tanto se alarga! Pero no, Hija mía, no; yo quiero reprenderme por esta palabra: esperemos con paciencia la hora marcada por el divino Esposo para colmarnos de tanta felicidad, y mientras tanto no tengamos más que un deseo: el de agradarle cumpliendo su santa voluntad (1).»

Llamando á la Madre de Chantal para que respirase el aire puro de las altas montañas de Annecy, se había concebido la esperanza de que estaría libre de todo pe-

(1) *Carta á la Madre Catalina de Cremieux de la Grange, Superiora de Lyon; 8 de Diciembre de 1628.*

ligro. Pero la peste, detenida un instante por el frío del invierno, prosiguió su curso derretidas las nieves, invadió á Belley en Febrero de 1629, á Chambéry y á Rumilly en Marzo y Abril, y en fin, se desarrolló en Annecy poco después de la fiesta de Pascua. El Barón Luis de Sales tuvo un triste presentimiento de esta desgracia, viendo los escesos á que se entregaba el pueblo durante el Carnaval, y que se prolongaron mucho después de empezada la Cuaresma, sin que los libertinos se contuviesen, ni por los elocuentes sermones que resonaban en la ciudad, ni por el temor del azote de Dios que en todas partes se iba manifestando. «Verdaderamente—decía una tarde volviendo del sepulcro de San Francisco de Sales y encontrándose con una comparsa de máscaras,—¿en qué piensa esta gente? Mucho me admiraría, si dentro de poco no nos enviase Dios el castigo.»

No se engañó: algunos días después se tenían noticias de los diferentes barrios de la ciudad, en los cuales habían sucedido muertes muy raras, y examinados los cadáveres, manifestaron en todas partes las señales terribles y manifiestas de la peste. En estas circunstancias, el monasterio de Annecy escogió por Superiora á la Madre de Chantal el día 31 de Mayo de 1629, permitiéndolo Dios así para que la Orden tuviese á la Santa al frente en el momento en que pasaba por una de las mayores crisis de su historia.

La noticia de haber invadido la peste á la ciudad de Annecy corrió con la rapidez del relámpago por todos los monasterios de la Visitación de Francia y Saboya, excitando en todos la más viva inquietud. De todas partes vinieron cartas rogando á la Madre de Chantal saliera de Annecy, y pusiese su preciosa vida á cubierto de todo peligro. De todas partes también, aunque la miseria era inmensa, llegaron socorros considerables de dinero. Los príncipes de Carignan escribieron por su